

en el Congreso estatal. Snodgrass concluye que hubo un proceso de negociación entre el Estado, élites locales y trabajadores y que el paternalismo industrial y el sindicalismo revolucionario fueron resultados históricos forjados en las luchas entre industriales, obreros y el gobierno revolucionario.

Es éste un estudio concienzudo que enriquece los trabajos recientes posrevisionistas sobre el movimiento obrero organizado y el desarrollo industrial en México, que pueden leer no sólo los especialistas, sino el público en general.

María Teresa Fernández Aceves

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social-Occidente*

ANTONIO GONZÁLEZ BARROSO, *La historia y la teoría del caos. Un nuevo diálogo con la física*, prólogo de Guillermo Zermeño, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2005, 228 pp. ISBN 968-863-843-9

Existen muchos motivos para comentar la aparición de *La historia y la teoría del caos. Un nuevo diálogo con la física*, de Antonio González Barroso. Quizás el más importante, al menos para mí, lo constituye el hecho de ser este libro un esfuerzo de reflexión que contribuye a romper con el largo ayuno que ha padecido la teoría y la filosofía de la historia en nuestro país. Sumergida nuestra disciplina en las dinámicas de una producción marcada por la influencia del positivismo y por un ámbito académico que ha fomentado, de manera equivocada, el inmediateísmo y los resultados de corto plazo, la mayoría de los historiadores en México ha renunciado o bien se ha visto imposibilitada, desde hace al menos dos décadas, al estudio de la naturaleza, las peculiaridades y los alcances de su

quehacer. Dicha inopia responde a múltiples factores. Uno muy poderoso ha sido la desaparición de los últimos grandes filósofos y teóricos de la historia en México, principalmente Carlos Pereyra y Edmundo O'Gorman. A ello se agrega el creciente desinterés académico en torno de la trayectoria de nuestra disciplina en el contexto del desarrollo del conocimiento occidental. Y no sólo eso: existe también el empuje de corrientes historiográficas y posturas metodológicas provenientes de Francia y Estados Unidos, que en los últimos años han marcado los temas de discusión en torno de los modos de renovar los estudios históricos. El segundo motivo de atención, lo encuentro en el hecho de ser este libro una reflexión teórica proveniente del centro-norte del país, señal relevante en el contexto de la lenta y difícil tarea de atenuar el prevaleciente centralismo académico que juega contra las universidades públicas estatales. Ni qué decir de las dificultades que enfrentan en dichas universidades las carreras humanísticas. En las actuales circunstancias de transición democrática, la disciplina histórica se ha visto vulnerada ante la incomprensión del gobierno de la República, empeñado en reducir los apoyos que requieren las humanidades para despegar como factor de desarrollo social. Los afanes por disminuir la enseñanza de la historia en diversos grados educativos son una pésima señal de lo que la historia representa para el poder neoliberal.

Todo lo anterior se ha traducido, en nuestro país, en un alejamiento preocupante entre la historia y la filosofía, alejamiento que el grueso de los historiadores mexicanos tiende a ignorar y que, incluso, les pasa inadvertido. Debemos mencionar, además, que el oficio de historiar enfrenta, desde el último cuarto del siglo XX, un interesante e ineludible escenario de diálogo con las ciencias sociales y con las denominadas ciencias duras, diálogo que ha desembocado en importantes discusiones en torno de la transdisciplina en otros países, y que al menos en México ha sido mayoritariamente evadido por los historiadores, renuentes a cons-

truir teoría del conocimiento histórico y a explorar, sin dejar de ser historiadores, las potencialidades que otras áreas del análisis social nos brindan en nuestra tarea de construir vías de estudio del pasado. Más allá de lo polémicas que puedan resultar mis afirmaciones y lamentos sobre la casi nula actividad filosófica y teórica de los historiadores mexicanos, lo cierto es que como gremio enfrentamos tiempos fascinantes que no deberíamos desaprovechar para la reflexión. Quien conozca las aportaciones e hitos del pensamiento histórico, estará de acuerdo conmigo en cuanto a la influencia que han tenido algunas épocas en la sensibilidad de diversos actores involucrados en la observación de las complejas relaciones entre el presente y el pasado. En medio de lo que podemos considerar el final del siglo más difícil que como especie hemos vivido, y parados en la antesala de lo que desde aquí y ahora se vislumbra como el siglo de la mayor incertidumbre, me parece tarea prioritaria el ejercicio de la teoría y de la filosofía de la historia, el retorno a los orígenes y desarrollo de la disciplina, la revisión de sus añejas y siempre actuales preguntas, la exploración de viejos problemas con nuevos planteamientos, en síntesis, recuperar la capacidad de pensar la historia y sus vías de conocimiento desde nuestra posición en el tiempo y en el espacio históricos que nos ha tocado atestiguar. Dicha tarea también resulta impostergable en el ámbito del actual pensamiento histórico occidental, acechado por la pobreza filosófica que representan las posturas de Francis Fukuyama y Samuel Huntington en torno del fin de la historia y del futuro de la sociedad global.

Por todo lo anterior no puedo sino reiterar mi beneplácito por la aparición del libro de González Barroso, esfuerzo de divulgación profesional que permitirá a estudiantes y profesores de historia recorrer, entre otras cosas, el proceso de formación de la disciplina histórica desde la antigüedad hasta el siglo XIX, además de la discusión que propone sobre la relación entre la física y la historia, contenidos que abordaré más adelante. Resulta muy es-

timulante el hecho de que un joven investigador de la Universidad de Zacatecas enfrente la tarea, erudita y documentada, de escribir un libro que resulta mitad manual y mitad ensayo de teoría del conocimiento histórico. Esto alimenta el optimismo respecto a futuros ensayos sobre las dimensiones del conocimiento histórico, ensayos que arriesguen hipótesis y que nos hagan pensar, tal como lo logra el autor de *La historia y la teoría del caos*, quienes representan desde ahora para el ámbito historiográfico nacional el fortalecimiento del pensamiento y la literatura histórica de corte filosófico asociada con la teoría social. Estamos ante un libro bien pensado, bien planteado y con indudables atributos formativos tanto para estudiantes como para historiadores que se precien de serlo. Pero el fortalecimiento referido no se circunscribe a sus aportaciones e interesantes reflexiones, sino que se hace extensivo a sus especificidades editoriales: me refiero a lo que representa el texto en cuanto a vinculación entre dos universidades públicas en tiempos de vacas flacas. Así, las características del trabajo de González Barroso y sus consecuencias institucionales merecen el más amplio reconocimiento.

Pasemos ahora a los contenidos y planteamientos del autor. En términos sintéticos, González Barroso ha escrito un libro que representa su personal toma de posición frente a un viejísimo problema en el pensamiento histórico: la presencia del azar como el contenido esencial del movimiento de la historia. Se trata del añejo problema del indeterminismo en la historia, mismo que se convirtió, a la luz de los avances del racionalismo y del empirismo del siglo XVII, en la incómoda piedra en el zapato de Clío, incómoda al grado de haber sido el principal factor de frustraciones científicas en la disputa por la supremacía del conocimiento que enfrentó a las ciencias naturales modernas con las humanidades clásicas y de manera predominante con la historia. Por acción de sus tres principales profetas (Newton, Locke y Bacon), el racionalismo y el empirismo se constituyeron en la fuente de la física moderna,

en la base del entonces nuevo paradigma del universo mecánico, medible, cognoscible y predecible a partir de la abstracción matemática y de la determinación de las leyes fundamentales de la naturaleza. Fue así que desde el mencionado siglo XVII, el occidente europeo aportó los principios de una ciencia natural que se presumió desde sus orígenes como implacable en sus verdades y posibilidades, arrastrando con eso a las disciplinas humanas en sus afanes por desarrollar un paradigma parecido que permitiera establecer las leyes de la dinámica social. Podemos decir que se trata de uno de los episodios más intensos y ricos en el desarrollo del pensamiento occidental, el cual se prolongaría hasta bien entrado el siglo XX cuando, por efecto de nuevos modelos de conocimiento del universo macro y microfísico, se logró superar la hegemonía del determinismo en las ciencias físicas y transitar hacia un relativismo que terminó por abrir espacio a la teoría del caos.

Baste recordar que en el ámbito occidental, la pretensión de construir una ciencia histórica con base en los modelos de la ciencia natural ha sido uno de los más fértiles fracasos de nuestra disciplina. Y digo fértiles por la cantidad y grado de reflexiones importantes que generó dicha pretensión, y que en un lapso de poco más de 400 años nos ha permitido explorar y construir los puntos medulares de una teoría del conocimiento histórico. En sus afanes por igualar los grados de exactitud de la ciencia física, los historiadores filósofos que nos precedieron desde los orígenes de la modernidad hasta el siglo XX, hubieron de emprender la difícil tarea de indagar las características del pasado como objeto de estudio, la relación entre el sujeto cognoscente y los procesos que se han de observar, las particularidades del tiempo y del espacio históricos, los límites del acceso al pasado, las modalidades de reconstrucción del mismo, las relaciones entre los intereses del historiador y las preguntas que construye, el condicionamiento social del historiador, la objetividad como ideal epistemológico, la naturaleza del discurso historiográfico, las funciones y modalida-

des de la memoria, el papel de la representación y la subjetividad, etcétera. De dichas indagaciones derivaron importantes modelos que nutrieron diversas filosofías de la historia, mismas que intentaron dotar de sentido, desde sus circunstancias específicas, el devenir histórico de la humanidad. Así, entre la exploración teórica y metodológica de la historia y sus objetos, surgieron visiones que intentaron responder las preguntas que hasta ahora se mantienen sin respuesta y que ponen a temblar a cualquier historiador que se precie de sensible, entre otras, el tremendo acertijo sobre la dirección del movimiento histórico y sus peculiaridades, la cuestión sobre la utilidad y la función social, los programas para concebir las posibilidades de una historia universal, los intentos por construir una periodización que permitiera desentrañar los sentidos y cambios en el devenir de las sociedades, la formulación de modelos de movimiento histórico, entre otros.

En términos generales, las disputas por establecer una solidez científica de tipo mecanicista en los estudios sobre el pasado humano y que se han prolongado a lo largo de los últimos cuatro siglos, han llegado a su final agotamiento, con un saldo extraordinario de aportaciones en todos los sentidos. En dicho agotamiento no sólo participaron los nuevos modelos de la física que incluyeron el principio de incertidumbre y la teoría de la relatividad, sino también el empuje vigoroso que desde el siglo XIX lograron disciplinas afines a la historia, como la sociología y muy en especial la antropología cultural. Podemos incluso afirmar que nos encontramos en un momento completamente inédito en el desarrollo de la ciencia histórica, debido al abandono de los afanes deterministas, al reconocimiento de la historia como una disciplina basada en indicios y como una ciencia con particulares atributos y caminos en su búsqueda de la verdad, y principalmente, por la aceptación de que la verdad en la historia también es histórica. De igual manera, lo inédito de la situación que vive nuestra disciplina consiste en la ausencia de una filosofía de la historia que integre los avances teóricos

al establecimiento de un sistema o visión que nos sea útil para comprender la actual situación de la especie humana y sus expectativas de futuro con base en una interpretación integral de lo que ha sido en estos últimos siglos. Lo interesante es que ahora, y a raíz de los últimos desarrollos en los paradigmas dirigidos a comprender las leyes de la naturaleza, son las ciencias encargadas de dicha tarea las que se ven acorraladas por la presencia del indeterminismo.

Entonces, tenemos que el eje medular de las indagaciones que nos presenta González Barroso gira en torno de la relación entre la historia y la física. Así, la estrategia que siguió nuestro autor fue, en primer término, mantener la línea de divulgación, entendido dicho concepto en su más estricto sentido de exponer con claridad y sencillez los puntos esenciales del problema de estudio. En segundo término, González Barroso reconstruyó a lo largo de tres amplios y bien informados capítulos la trayectoria de los saberes físico e histórico en el ámbito occidental, partiendo del pensamiento griego hasta el desarrollo de la física en el siglo XX. En dicha trayectoria logra establecer el momento y las dinámicas que permitieron a la física encumbrarse en el siglo XVII como el principal bastión de conocimiento y el desplazamiento de la historia hacia un espacio de intensas reflexiones en la búsqueda por igualar la categoría y el estatuto de verdad científica impuestos por el predominio de la física. En medio de todo esto, el autor ilustra una cantidad importante de posturas que en torno de la historia desarrollaron notables pensadores y filósofos, las cuales dan cuenta de la intensidad de los dilemas que enfrentó la disciplina histórica frente al determinismo, al nominalismo, y a la compleja relación entre libertad y necesidad. De manera por demás didáctica, González Barroso nos lleva hasta la teoría del caos y sus antecedentes en la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, mediante una lección que bien puede ser un ejemplo de divulgación de la ciencia. Su objetivo: establecer el estado actual del conocimiento físico con el descubrimiento de la naturaleza aleatoria de muchos fenómenos, y las posibilidades de

comprender la lógica del caos que dicha aleatoriedad y azar implican para la formulación de regularidades y leyes en el mundo de la naturaleza. Con esto, la identificación absoluta entre racionalidad y certeza queda rota, al igual que la tradicional equiparación entre probabilidad e ignorancia. La nueva relación entre la razón y la determinación de verdades infalibles en la física actual ha adquirido rangos similares a los que dicha relación guarda en el estudio de la historia, situación que reconstruye González Barroso mediante el uso convincente de argumentos provenientes de la filosofía de la ciencia y de sugestivos ejercicios que incluyen la ucronía. Lo cierto es que la recuperación del azar y el establecimiento de la estocástica, es decir, los mecanismos y leyes que dotan de lógica y orden al azar, abre un panorama de discusiones novedosas en el campo de la ciencia física, discusiones que, por otro lado, la ciencia histórica ha desarrollado con intensidad en los últimos siglos. De ahí que la pretensión de hacer de la historia un saber determinista y acabado haya perdido sentido.

Ante este nuevo escenario el autor nos lleva al cuarto y último capítulo de su libro, el más breve y sin embargo, el que concentra en unas cuantas páginas su propuesta de nuevo diálogo entre la física y la historia, convencido de que ambas disciplinas se encuentran actualmente en una condición análoga hasta hace poco inimaginable. Es en estas páginas donde encontramos las formulaciones más atrevidas y arriesgadas de González Barroso, entre las que destaca su idea en torno de la existencia de un telón de fondo en los procesos sociales que representa la unidad frente a la diversidad fenoménica que, en última instancia, estaría dada por la multiplicidad de formas que adopta el azar como elemento esencial del movimiento histórico. El autor establece con ello una metáfora de los procesos históricos basada en conceptos y modelos derivados de la física, como el paradigma de la complejidad y el concepto de sistema como interacción entre partes. De esta forma, González Barroso emprende como última tarea la construcción

de una propuesta que lo ubica de nueva cuenta frente al problema central de toda filosofía de la historia, a saber, el establecimiento de un modelo que dé razón del movimiento histórico en toda su complejidad. Inmerso y convencido de que el factor característico de los procesos de cambio social está dado por el azar y por lo tanto, por el indeterminismo, el autor traslada sus argumentos hacia un espacio de conclusiones polémicas que intentan establecer el orden y la lógica del caos en la historia. Haciendo uso del diagrama de bifurcación de Feigenbaum como metáfora del tiempo en la historia, y con base en la teoría de los fractales y del concepto de entropía aportado por la termodinámica, González Barroso establece una dinámica histórica de trayectorias y bifurcaciones múltiples generadas por procesos sociales de tipo coyuntural que terminan por mantener cierta regularidad y por atenuar el caos gracias al papel de atractor extraño que juega la línea del tiempo. Paradójicamente, la intención última parece ser la reformulación de las posibilidades deterministas que juega el azar y lo contingente en el desarrollo de los procesos sociales, estableciendo con eso lo que podríamos bautizar como el determinismo del indeterminismo. Además, en esta propuesta se incluye, y como parte del nuevo diálogo con la física, la posibilidad de implantar un lenguaje, y por tanto, una terminología comunes entre la física y la historia, aspecto que en todo caso nos lleva a establecer paralelismos conceptuales entre ambas áreas del conocimiento que implican una especie de reciprocidad metafórica.

En un balance general, no está por demás reiterar que las sugerentes propuestas de González Barroso permiten ejercitar la tan necesaria especulación en torno de la naturaleza de la materia histórica. Es, sin duda, un libro bueno para pensar, para ejercitar la capacidad de asombro e imaginación en el terreno de nuestro acercamiento a los estudios sobre el pasado. Dada la juventud e intereses de nuestro autor, es de esperar nuevas aportaciones y reflexiones en futuros ensayos teóricos y estudios de caso que

pongan a prueba y sometan a mayores análisis el modelo anteriormente esbozado. Estamos ante una prometedora trayectoria que a futuro nos aportará nuevos elementos para el debate en torno del azar y lo contingente en la historia, además de las implicaciones metodológicas que necesariamente se tendrán que construir para explorar nuevos caminos en la investigación. Si bien González Barroso nos muestra un diálogo extenso con autores como Ian Hacking y Georges Balandier, me parece necesario que en sus futuras disertaciones extienda los debates hacia la sociología matemática y la filosofía de la historia dedicada a la exploración de lo contingente. Se me antoja pensar que el autor se aproximará en sus siguientes trabajos a pensadores como Jon Elster, uno de los más importantes estudiosos de la intencionalidad de la acción humana, de la racionalidad de las acciones y de los escenarios de respuesta individual y colectiva a partir de la teoría de juegos, y que bien a bien no hemos sabido aprovechar como elemento interpretativo cuando nos enfrentamos a la reconstrucción de un proceso histórico. También se me antoja pensar que González Barroso integrará a su modelo de devenir histórico las propuestas de Max Weber o Emile Durkheim sobre la racionalidad, e incluso que en términos de la filosofía de la historia confrontará su modelo con las aportaciones del historicismo en torno del particularismo histórico. No olvidemos que en su testamento intelectual, Edmundo O'Gorman había expresado su deseo de una historia imprevisible, una historia susceptible de sorpresas y accidentes, una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer, y sobre todo, una historia sólo inteligible con la luz de la imaginación.

Por todo lo anterior no puedo sino expresar mi entusiasmo por la aportación que González Barroso ha realizado en el rescate de la historia filosófica, de la imaginación histórica, de la tarea de pensar nuevas alternativas para las añejas y tradicionales cuestiones que tanto nos fascinan como historiadores, y sobre todo por su contribución al rescate y revaloración de lo contingente y del

indeterminismo, elementos que han demostrado no sólo su persistencia, sino su autoridad como las únicas certezas que podemos establecer en el complejo mundo del devenir humano a través del tiempo.

Juan Carlos Ruiz Guadalajara

El Colegio de San Luis

VERÓNICA OIKIÓN SOLANO, *Los hombres del poder en Michoacán, 1924-1962*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, 588 pp. ISBN 970-679-144-2

La presente obra —cuya primera versión constituyó una tesis de doctorado— se propone examinar las fuerzas políticas municipales, estatales y nacionales que se entrelazaron en los procesos electorales michoacanos entre 1924-1962. La arena electoral permite observar a la autora los principales componentes de la clase política michoacana, sus redes y bases de poder, así como la forma en que se articula con el proceso de centralización estatal de ese periodo. Empero, paradójicamente, su hipótesis central es que la historia política de 1924-1962 se define al margen de la competencia electoral. Es decir, no es en ella donde se toman las decisiones, sino el lugar en el que se ratifican y ritualizan. Aunque desde 1929 el partido oficial aparece como un espacio en el que la clase política disputa cuotas de poder, lo que impera es la verticalidad en la negociación de puestos electorales. El pueblo está ausente o bloqueado en la toma de decisiones.

Apoyada en abundantes fuentes archivísticas (municipales, estatales, federales y privadas), hemerográficas y bibliográficas, la autora recupera del olvido a diversas figuras políticas de los distintos